

No es fácil para mí saber cuándo empezó este libro. Probablemente hace unos cuatro años, cuando orienté más sistemáticamente mi trabajo universitario hacia el tema de los intelectuales y la política en la Argentina contemporánea. Sin embargo, desde el restablecimiento de la democracia, Walsh viene convocando a escritores, periodistas y militantes políticos de pensamiento popular. La participación durante más de dos décadas en jornadas políticas y académicas, homenajes institucionales y recordaciones del gremio periodístico y del movimiento de Derechos Humanos, centrados en la figura de Walsh, me estimuló a una indagación más profunda, y mucho tiene que ver con la decisión de escribir este libro y también con los puntos de vista que en él se expresan.

Como sería imposible extender el reconocimiento a todos los que a lo largo de un lapso tan dilatado aportaron sus reflexiones, me limitaré a agradecer a las instituciones universitarias que en años recientes me convocaron a dictar cursos sobre los temas de este libro –la maestría en Comunicación y Cultura de la Universidad de Buenos Aires, el Departamento de Posgrado en la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata y la maestría de Historia en la Universidad de Tres de Febrero– y a quienes conocieron el texto y lo discutieron con el autor.

Oscar Terán leyó una versión inicial de la primera parte sobre “El joven Walsh”. Aunque no siempre coincidimos en nuestra visión de la época, ello no me impidió valorar sus opiniones sobre la coyuntura argentina de esos años y su contribución respecto de algunos criterios fundamentales para encarar toda tarea de historia intelectual. Ricardo Piglia conoció la introducción y un esquema básico de la obra, y me exhortó a seguir adelante. La influencia de sus enfoques sobre la escritura de Walsh no escapará al lector de este libro. Lucila Pagliai no sólo sumó recuerdos y reflexiones sobre el período en que compartió con Walsh la militancia y la pasión por la literatura, sino que hizo

un análisis riguroso del capítulo “Una poética de la denuncia”. Graciela Sessa leyó la última parte del libro, y sus observaciones fueron importantes para que algunos aspectos del texto resultaran más claros a los lectores que no vivieron esa época.

Jorge Lafforgue, cuya generosidad crece a la par de su experiencia como crítico y editor y su conocimiento de la literatura argentina, hizo sugerencias pertinentes y discutió algunos de los enfoques centrales del libro. María Moreno no fue sólo una editora atenta e imaginativa. Desde aquella invitación a dar un curso sobre Walsh en el Centro Cultural Ricardo Rojas, la discusión con María me ayudó a definir mejor el modo en que nuestro personaje asumió su rol como intelectual, con un perfil muy distinto de la clásica figura de los escritores comprometidos de la época. María aportó también a la mirada con que yo encaraba el libro: rehuyendo la solemnidad y los enfoques convencionales y preservando la distancia crítica. La experiencia de Lila Pastoriza me hizo comprender mejor el período en que Walsh y otros pugaban —frente al terror de la dictadura— por reestablecer algún sentido a la militancia. Entonces, la solidaridad con los compañeros queridos era más importante que las cada vez más remotas posibilidades de victoria.

Finalmente, el reconocimiento debe alcanzar a quienes trabajaron sobre la vida y la obra de Walsh. No corresponde nombrarlos porque serán puntualmente mencionados en cada ocasión, pero más allá de acuerdos y diferencias, es obvio que la tarea resultó beneficiada por el aporte de trabajos que fueron pioneros y de algunos estudios valiosos.

Introducción

En los primeros años de la democracia, cuando no resultaba fácil evocar la militancia de los años de plomo, Rodolfo Walsh fue objeto de recordaciones y homenajes. La condena social hacia la dictadura no se acompañaba en esos tiempos con la reivindicación de quienes más activamente la habían combatido y el subterfugio de las “víctimas inocentes” servía para no profundizar en una historia que podía enfrentar con sus responsabilidades a muchos sectores de la sociedad.

En ese contexto, la figura de Walsh obtuvo, sin embargo, un rápido reconocimiento. Sus libros se reeditaron y ello ocurre periódicamente desde entonces, su nombre ha sido adoptado por muchas cátedras universitarias y agrupaciones de periodistas y estudiantes e incorporado a la nomenclatura urbana en diversos lugares del país, y los homenajes realizados convocaron un espacio político tan amplio como para que Hebe de Bonafini y Carlos Grosso compartieran el estrado del acto realizado en Buenos Aires, al cumplirse nueve años de la desaparición del escritor, en marzo de 1986.

Esta celebración de quien aparece como expresión emblemática de un tiempo que asociaba las ideas de intelectual y de revolución, no resultaba fácil de explicar en momentos en que las corrientes políticas e intelectuales dominantes compartían una visión negativa de los 70: se cuestionaba un pensamiento de época que no habría reconocido a la democracia el lugar central que se le otorgaría después de la dictadura militar.

La positiva consideración de la figura de Walsh tiene que ver, naturalmente, con la apreciación de su obra de escritor. Gracias al exilio argentino, y al homenaje que en el exterior le tributaron Julio Cortázar, Juan Gelman, David Viñas y otros, esa obra trascendió las fronteras argentinas y así fue como José Emilio Pacheco, uno de los grandes escritores mexicanos, presentó en su país la *Obra literaria completa* de Rodolfo Walsh en 1981.

Por otra parte, la *Carta de un escritor a la Junta Militar*, escrita al cumplirse un año del golpe, se fue convirtiendo en el texto obligado para cualquier recordación de la dictadura. El escrito resume, con prosa despojada y contundente, no sólo los crímenes del gobierno militar sino también las líneas generales de su proyecto político. Como se trataba de la carta personal de un escritor y sustentaba una visión más amplia de la resistencia, el texto contribuyó mucho al reconocimiento de la figura de Walsh y tuvo una recepción diferente de la que habría obtenido un mensaje meramente reivindicatorio de las organizaciones armadas.

Además, el escritor había sostenido en los últimos meses una discusión —en verdad un diálogo de sordos— con la conducción montonera, criticando acerbamente el militarismo y planteando una concepción de la resistencia que se alejaba de los aparatos obstinados en no reconocer la derrota ya evidente a fines de 1976. La difusión de los textos en que planteaba ese debate contribuyó también para ubicar a Walsh en un lugar distinto. Recordarlo fue asimismo un modo de recuperar la historia de lucha de los 70 sin renunciar a la crítica de los errores cometidos y tomando distancia de los dirigentes a los que se consideraba responsables.

Como precio a pagar por esta exaltación del autor de *Operación Masacre*, se construyó un relato que tendía a minimizar la importancia de la participación de Walsh en la guerrilla y presentaba su desaparición como una respuesta directa de la dictadura a la *Carta*, sin tomar en cuenta que el escritor estaba desde mucho antes en la clandestinidad. Como era previsible, esta versión pasteurizada para consumo de los 80 produjo una respuesta desde la ortodoxia setentista que, esta vez, sacrificaba la literatura: Walsh habría pasado de escritor pequeño burgués a militante revolucionario, abandonando la tarea literaria como un pasatiempo al que no debían prestarse los intelectuales que rechazaban “la trampa cultural”.

Esta versión —apoyada en expresiones sacadas de contexto, y a las que no se reconocía su carácter problemático— obviaba la tensión permanente que existió siempre en Walsh entre política y literatura, y daba a ese conflicto una solución definitiva que el escritor quizá buscó, pero nunca pudo alcanzar. Como muchos escritores comprometidos en los procesos revolucionarios, el autor de *Operación Masacre* se planteó la necesidad de una obra que efectivamente llegara a los sectores populares y, a la vez, intentó conciliar la escritura con

una integración activa a la militancia. Que no encontró una respuesta tranquilizadora a estos dilemas se advierte en su resolución final de firmar como escritor su *Carta a la Junta*, así como en las reflexiones desgarradas de su diario en las que mientras proclama el agotamiento de la novela, en tanto forma típicamente burguesa, se pregunta si esto no es más que una justificación personal ante la imposibilidad de escribir.

En verdad, no debemos lamentar que Walsh no haya encontrado respuestas satisfactorias para estos interrogantes porque en esa tensión reside, en buena medida, la actualidad de su obra. Entre los textos de los años 70, llenos de rechazos tajantes y postulaciones categóricas, nos siguen interesando aquellos que en los pliegues de la escritura entregan otros registros, los que permiten lecturas más complejas.

Por otra parte, aunque abundan los estudios sobre la obra literaria de Walsh y también existen textos que exaltan su vida política, son muchos los temas de la trayectoria walshiana que demandan una mayor profundización. La actitud reverencial hacia su figura ha conspirado contra un análisis más minucioso de los principales núcleos políticos de su trayectoria. Afortunadamente, en los últimos años algunos trabajos aportan datos sobre temas que podían considerarse conflictivos: sus contradictorias posiciones frente al peronismo, los diversos momentos de su relación con Cuba, las divergencias con la conducción de Montoneros.

Los textos en los que el escritor plantea esta última discusión —fundamentales no sólo para entender los errores de la guerrilla sino porque esboza allí otra visión de futuro— no han recibido hasta ahora la consideración que merecen. No sólo quienes defendían la posición oficial de Montoneros revelaron poco interés en analizar textos que, en la perspectiva de los años, cada vez adquieren más contundencia crítica sino que tampoco quienes minimizaban la participación de Walsh en la organización mostraron interés por una polémica que, más allá de las diferencias, resalta el importante nivel de compromiso que asumió con la lucha guerrillera.

También en el terreno literario, donde no faltan excelentes trabajos sobre sus escritos, el lugar eminente asignado a Walsh parece haber fijado límites a la actitud crítica. Algunos lo han erigido en el anti-Borges, simplificando en clave política una relación mucho más compleja, considerando la importantísima influencia que ejerció sobre su obra el autor de *El Aleph*. Pero en general

se opta por no discutir con Walsh, al punto tal que cuando uno de los grandes novelistas argentinos, Juan José Saer, arremete contra la no ficción como género, negando que pueda asignársele un estatuto superior de verdad, hace blanco de sus cuestionamientos a Truman Capote, mientras ignora cautelosamente a Rodolfo Walsh.

En vísperas de los treinta años de la desaparición del escritor, cuando se multiplican los trabajos sobre los 70 desde los abordajes más diversos, es posible avanzar con una actitud menos reverencial en el estudio de su vida y su obra. A quienes teman que esto pueda menoscabar el reconocimiento que la sociedad argentina hoy tributa a Walsh, será bueno recordar que el mejor homenaje para un intelectual —o cualquier figura de actuación pública— es cuestionar sus opciones, criticar sus escritos, someter su pensamiento a la prueba del tiempo, ver hasta dónde sigue siendo actual.

Rodolfo Walsh no perteneció a la generación que descubrió la política en los años 70. Había conocido otras experiencias y otras frustraciones, quizá por eso nunca perdió un resto de sentido crítico aun en los momentos de adhesiones más rotundas. Pero esto lo convierte, paradójicamente, en más representativo de una época que presentaba a la revolución como un hecho tan inevitable como inminente: el escritor que había superado los cuarenta años cuando asumió su mayor compromiso militante también sintió la compulsión a una participación activa en la política que se presentaba entonces como la única opción plena de sentido. Algunos podrán atribuir esta decisión a la presencia en Walsh de cierto espíritu de aventura, pero ya sabemos que sin este componente es difícil ser protagonista de la historia.

Expresión de una época de la que sólo nos separan treinta años aunque también profundos cambios civilizatorios, habrá que encontrar, sin embargo, las razones por las que Walsh sigue siendo actual, se leen sus escritos y se recuerda su actuación. Siempre hay en los grandes escritores algún núcleo de sentido que puede liberarse más tarde, que no se agota en el tiempo que le tocó vivir. Esa es la tarea del crítico: el autor es un prisionero de su época, y los estudios literarios deben ayudar a liberarlo de esta restricción.

Retomando la idea de un texto de Maximilien Rubel que proponía un acercamiento original hacia la obra de Marx, nos gustaría pensar que el presente libro es una “biografía intelectual”: el estudio de la evolución del pensamiento de Walsh expresada en su obra literaria y periodística y en su partici-

pación política. Cuando hablamos de un escritor, es la obra siempre lo primero. “La obra plantea preguntas a la vida –escribe Sartre– ... la obra como objetivación de la persona es, en efecto, más completa, más total que la vida”.¹ Esto no implica –como aclara el mismo autor– que la obra nos revele los secretos de la biografía, actúa sólo como un esquema, un hilo conductor que permite descubrir estos secretos en la vida misma.

En el caso de Walsh, ese hilo conductor entre la obra y la biografía es muy fácil de encontrar porque todos sus textos –no sólo los más francamente políticos– muestran una posición muy definida frente a los problemas de su tiempo. En los últimos años, cuando se impuso un obstinado silencio –sólo quebrado por la *Carta a la Junta* y los *Papeles* dirigidos a la conducción montonera–, deberemos confrontar la biografía con el discurso colectivo, con la saga de los aciertos y errores del peronismo revolucionario, al que con humildad se integró. No habrá que desdeñar, sin embargo, todas las ocasiones para mostrar las reservas, las dudas o los puntos de vista divergentes que pudo sostener.

Definido el propósito del libro, cabe preguntarse si quien lo escribe es el más indicado para llevarlo adelante. No se trata de capacidades o saberes que no corresponde evaluar al propio autor, a riesgo de orillar la falsa modestia o el ridículo, pero sí de preguntarse por la relación entre el personaje y quien se decide a estudiarlo. Es imposible analizar durante años la vida y la obra de alguien, leer una y otra vez sus escritos, hacerse las mismas preguntas que él se hacía, intentar mirar el mundo con sus ojos, para después tomar distancia, sin que se produzca alguna forma de comunión con el biografiado.

Pero en este caso, el problema se plantea de otro modo, porque el autor conoció a Walsh, compartió, en general, sus opciones políticas y algunos momentos de su militancia. Sin embargo, no tuvo ninguna relación de intimidad o discipulado que le permita hoy presentarse como un vocero autorizado. Los recuerdos personales han sido traídos sólo en caso excepcional e indispensable y todo lo que aquí se afirma se fundamenta principalmente en lo escrito por Walsh, en fuentes públicas o en los testimonios recogidos.

Quizás otro método de exposición hubiera resaltado el atractivo del libro, comenzando por la historia más reciente, los tiempos de la resistencia y la dictadura y de la desgarrada reflexión de Walsh como escritor. Sin embargo, entiendo que cierto orden cronológico facilita la comprensión de la trayectoria

del personaje y permite documentar mejor cada uno de los aspectos de su vida. No vendrá mal, por otra parte, a quien quiera internarse de la mano de Wash en el drama argentino de los 70, conocer el período hasta hoy menos frecuentado, el de su infancia entre irlandeses, sus primeros balbuceos políticos y su iniciación literaria.

Todo estudio biográfico está amenazado por la tensión entre admiración y objetividad, entre una supuesta verdad a restaurar y el reconocimiento de que se trata sólo de una historia más sobre un personaje.² El lector juzgará si se ha logrado el propósito de analizar críticamente los trabajos de Walsh y no omitir nada importante de su trayectoria. Si confío en lograr esa distancia crítica no es porque hoy sea menos sensible a un legado –rigor profesional y pasión militante– que interpela con fuerza el sentido común de nuestra época, sino porque pretendo compartir con mi personaje una ética de la investigación a la que en ningún caso renunció.

Notas

¹ Jean-Paul Sartre, *Crítica de la razón dialéctica*, Buenos Aires, Losada, 3ª edición, 1979, tomo I, págs. 113-114. El libro de Maximilien Rubel, *Ensayo de biografía intelectual*, fue editado por Paidós, Buenos Aires, 1970.

² Leonor Arfuch, *El espacio biográfico, dilemas de la subjetividad contemporánea*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002, págs. 106-107.

Parte I

El joven Walsh

Un autor entre irlandeses

“*Operación Masacre* cambió mi vida”, escribió Rodolfo Walsh en un texto autobiográfico publicado a mediados de los 60, su momento más productivo como escritor de ficciones. No son siempre los propios autores quienes mejor señalan períodos o rupturas en su trayectoria pero, en este caso, son muchos los indicadores de la influencia determinante que tuvo la investigación de los fusilamientos de junio de 1956 sobre su evolución posterior. Desde el momento en que comprendió “que más allá de mis perplejidades íntimas existía un amenazante mundo exterior”, la política se instaló con fuerza y fue reclamando sus derechos, condicionando sus opciones de vida y escritura.

A partir de entonces, Walsh abandonará el cuento policial clásico que le había otorgado un Premio Municipal y cierto reconocimiento, abominando del género¹ con una vehemencia que no hace justicia a ciertos textos juveniles. Dejará de creer en el funcionamiento relativamente normal de instituciones como la policía y la justicia –presupuesto necesario para que tenga sentido la literatura policial concebida como mero ejercicio de la inteligencia– y trastocará su actitud de oposición al gobierno de Perón en un gradual, y cada vez más decidido, acercamiento al movimiento peronista.

A fines de 1956, cuando inicia la investigación que lo lleva a escribir *Operación Masacre*, Walsh está por cumplir 30 años y, como es obvio, no ha hecho pocas cosas en su vida. Sin embargo, casi no se ha estudiado ni escrito sobre este período inicial. Esta omisión puede explicarse teniendo en cuenta que el propio autor, además de esa desvalorización de sus primeras obras, ha sido avaro en referencias sobre muchas circunstancias; también porque se ha preferido no hablar de ciertos pecados de juventud, como la militancia en la Alianza Libertadora Nacionalista. Además, las cambiantes actitudes del joven Walsh en relación con el gobierno de Perón escapan, en muchos sentidos, al patrón de conducta entonces dominante entre los intelectuales.

El 37

No es difícil, sin embargo, reconstruir los primeros tiempos en la vida de Walsh porque para ello contamos con un texto del propio escritor. El título del relato *—El 37—* alude al año de la obligada disolución del grupo familiar que lleva a Rodolfo y su hermano menor Héctor² a un internado de monjas irlandesas en Capilla del Señor: como tantos otros chacareros bonaerenses, Miguel Walsh, el padre —que había instalado su propia explotación después de muchos años de trabajar como mayordomo en campos ajenos—,³ ha visto rematar su propiedad.

El internado para huérfanos y pobres condensa, en la mirada del escritor treinta años después, toda la arbitrariedad imaginable, porque al autoritarismo de las religiosas se suma el desprecio que merecía la subalterna clientela escolar. Desde Miss Annie, cuyo mayor argumento era una varita de mimbre sólida y flexible, hasta la hermana María Ángela, quien con un *swing* a la mandíbula podía derribar a un alumno en plena clase, todas las celadoras y aun las monjas ejercían el castigo corporal. En ese marco, cada uno debía ganarse su lugar a los golpes y el recién llegado Walsh no fue la excepción. “Pelemos pues. Cassidy tenía la cara llena de granos, era angustioso pegarle. Pero tampoco había otra salida”.

Ese mundo, signado por la represión y la pobreza, en que se dirimían las posiciones con los puños, ha sido comparado⁴ con el que relata una experiencia escolar clásica de la literatura argentina. En *Juvenilia*, de Miguel Cané, también campea la violencia, pero los conflictos entre porteños y provincianos, u otros que enfrentan a los estudiantes, aparecen atenuados desde la perspectiva de una oligarquía segura de sí misma que a todos otorgará un lugar. Cuando las cosas llegan a mayores y Cané sea expulsado del colegio, encontrará en la calle el auxilio protector de un amigo de su padre, que entonces estaba a cargo de la Presidencia de la Nación. Los hermanos Walsh no podrán contar con el mismo respaldo familiar: finalmente, reciben en el internado la visita de su padre pero lo encuentran agobiado, sin trabajo y con signos de no comer todos los días.⁵

El drama de los chacareros de la provincia de Buenos Aires arruinados en masa en los años 30, como consecuencia de la denegación del crédito, las maniobras con los precios y la manipulación de los poderes locales por los grandes propietarios, es tema de uno de los más notables cuentos de Walsh. En

“Cartas”, Domingo Moussompes, la víctima del proceso de concentración agraria, termina en la cárcel sin saber muy bien por qué, mientras su hija debe emplearse como doméstica y el campo familiar hipotecado pasa a poder del terrateniente que poco antes no había querido pagar por él. Miguel Walsh no fue a la cárcel, pero es inevitable asociar ambas historias de productores arruinados y familias disueltas.⁶

Al padre de Rodolfo lo mató un caballo, cuando Rodolfo ya trabajaba en Buenos Aires.⁷ En pocas líneas, el escritor ha dejado un retrato en el que resaltan el coraje físico y la pasión por los caballos, los dos rasgos por los que recordará a su padre.⁸ Miguel Walsh se desempeñaba como mayordomo de una estancia de la familia Blaquier y su hijo se postuló para reemplazarlo, pero los propietarios no aceptaron que esa función fuera cumplida por una persona tan joven y le negaron el trabajo. Estela “Poupée” Blanchard, que fue pareja de Walsh durante varios años –a fines de los 50 y en los primeros 60–, recuerda que mucho tiempo después seguía lamentando ese rechazo. “Es fácil imaginar cuán diferente habría sido su vida si se hubiera quedado a trabajar en el campo”, dice hoy riéndose Blanchard, poco dispuesta a creer que la vocación de aventura del joven Walsh le hubiera permitido permanecer mucho tiempo en esa tarea.

No podría decirse que “Cartas” relata la experiencia de Walsh, porque él casi no conoció en su infancia esa vida de los pueblos bonaerenses cuyas pequeñas miserias cotidianas reflejaron en sus textos Manuel Puig y Miguel Briante. El escritor estuvo siempre en internados hasta comienzos de la década del 40 y luego fue a Buenos Aires para terminar el secundario. La estancia en el Instituto Fahy, del partido bonaerense de Moreno, que –como el colegio de monjas donde había estado antes pertenecía a la orden de los padres palotinos– será tema de los cuentos de la serie de los irlandeses. Estos relatos sí son ostensiblemente autobiográficos, como lo reconoció el propio autor, y el universo de sordidez y violencia en que transcurren no tiene nada que envidiar al de su experiencia escolar anterior.

Si en Capilla del Señor las monjas aplicaban castigos corporales y los conflictos entre los internos se resolvían con los puños, los palotinos convertían este recurso a la violencia en una pedagogía. En “Irlandeses detrás de un gato”, los celadores simulan ignorar la paliza que los demás alumnos –organizados casi militarmente– propinan al recién ingresado, pero en “Un oscuro día de

justicia” es el propio celador quien promueve las peleas de todas las noches como un ejercicio ritual. Elige siempre al más débil como uno de los combatientes, para que “aprenda a pelear y hacerse camino en la vida”, porque, en este mundo imperfecto, considera que esa es la única receta para sobrevivir.

Por momentos parece que se estuviera leyendo un relato de Dickens por el modo en que coexisten el sadismo y la inocencia. Pero aunque algunos personajes terminen necesariamente en el rol de villanos, a Walsh le interesa más que definir arquetipos mostrar aquella atmósfera agobiante. Recrea la vida en el internado como sólo puede hacerlo alguien que treinta años más tarde no ha olvidado las pequeñas vejaciones y a quien el mundo que le toca vivir —la Argentina desgarrada de mediados de los 60— le recuerda a cada paso esa experiencia escolar. No seguramente a las caritativas Damas de San José que ocasionalmente los visitaban, acompañadas del untuoso obispo Usher, sino a aquel celador Gielty “que había visto la crueldad inscrita en cada callejón de lo creado como rúbrica personal de Dios”.⁹

Sesenta años más tarde, Héctor Walsh, el hermano menor de Rodolfo, aún seguía recordando la vida en el Instituto Fahy como “un régimen militar” y a los curas como “unos completos bastardos”. Por su parte, Carlos Walsh, el hermano mayor, un alto oficial de la armada, consideraba que Rodolfo desperdició su genio y lo atribuía al “instinto subversivo” que, a su juicio, se habría originado en el resentimiento incubado en las aulas del internado irlandés.¹⁰

Probablemente, el autor de la serie de los irlandeses no imaginó nunca que recibiría un homenaje póstumo de la institución a la que había descrito de manera tan impiadosa. En 1997 se impuso a la biblioteca del Instituto Fahy el nombre del escritor desaparecido veinte años antes, a pesar de la oposición de un grupo de padres de los alumnos: seguramente, la decisión del homenaje no fue ajena a la conmoción que produjo entre los palotinos el secuestro de varios integrantes de la orden durante la dictadura.

Sobre un terreno de 32 hectáreas, muy cerca del centro de Moreno, se levanta hoy el Instituto Fahy. A pesar de la imagen apacible de un parque poblado de árboles frondosos, cuando se camina en una mañana invernal por el interior del edificio de viejas y altas paredes, no resulta difícil evocar las escenas más lúgubres de los cuentos de Walsh. El Colegio, que ha dejado de ser un internado, hace años que no alberga exclusivamente a estudiantes de familias irlandesas. Tampoco están ya los palotinos que se retiraron en 1998 pero las

Damas de San José, las mismas cuyas visitas anuales constituían una de las escasas atracciones para la población escolar, siguen sosteniendo el Instituto.¹¹ Por su lado, la Asociación de ex Alumnos nuclea a los “Fahy boys” que siguen vinculados al colegio. Entre ellos, no todos coinciden con el homenaje al autor de *Operación Masacre* y algunos se siguen oponiendo. El más activo entre ellos lleva también el apellido Walsh.¹²

El autor de la saga de los irlandeses utiliza un tono grandilocuente que – según explicará más tarde– sólo considera válido para estas historias de temas infantiles. Ricardo Piglia llamó “escritura bíblica”¹³ este texto que pone sobre el terreno guerreros, trompetas que llaman al combate y un pueblo –el colectivo de los internos– veleidoso en sus opciones: tanto se une para agredir a un recién llegado como para entregar sus esperanzas de liberación al adalid que, desde fuera del colegio, viene a enfrentar al poderoso celador. Este último episodio, tema de “Un oscuro día de justicia”, cuento que escribió pocos días después de la muerte del Che Guevara, muestra hasta qué punto Walsh se sintió íntimamente identificado con ese escenario de su experiencia irlandesa, como para ubicar allí esta parábola sobre un hecho que marcó en su vida un antes y un después.

Las vacilaciones del tío Willie

Por lo menos un relato más debía completar la serie de los irlandeses, pero Walsh sólo dejó entre sus papeles algunos esbozos, a pesar de que en varias ocasiones había anunciado que trabajaba el tema. La historia de “Mi tío Willie que ganó la guerra” es contada por uno de los chicos a sus compañeros de la enfermería –(como Walsh recordaba haber hecho él mismo en su infancia con *Los miserables* de Victor Hugo)– pero debía transformarse en una historia de adultos, lo que tal vez permitiría explicar por qué el tío Willie había viajado para alistarse con los irlandeses, aprovechando el conflicto con Alemania para golpear al opresor británico, y había terminado combatiendo junto al ejército inglés en la Primera Guerra Mundial.

El tío Willie no era otro que William Gill, hermano de la madre de Walsh, quien atravesó el océano para sumarse a los rebeldes irlandeses que en abril de 1916 se levantaron en armas con la consigna “la dificultad de Inglaterra es la oportunidad de Irlanda”. Pero William cambió de opinión en medio del viaje

y murió en Salónica como soldado británico, al estallar una mina. El padre de Rodolfo recibirá en 1927, cuando el príncipe de Gales visita la Argentina, una medalla que recuerda a su cuñado, “muerto por la libertad y el honor”.

Un halo de aventura rodeó la vida de William, quien según la tradición familiar era poeta, aunque en el cuento su sobrino Rodolfo lo presenta simplemente como alguien que robaba textos de poesía en inglés para impresionar a las trabajadoras del frigorífico Anglo y a otras muchas mujeres. Poeta o ladrón de poemas —a su manera, los dos rinden homenaje a la magia de la poesía— la historia de William parece haber fascinado a Rodolfo Walsh, pese a que probablemente no aprobara la opción final de su tío. En una entrevista de 1968, Walsh señalaba que Willie había partido para pelear contra los ingleses, “como correspondía a su sangre”.¹⁴

La conducta de William Gill arroja luz sobre la ambigua condición de los irlandeses en la Argentina. A diferencia de lo que ocurrió en los Estados Unidos, donde por mucho tiempo fueron considerados como “los negros de Europa”, la marcada anglofilia de la burguesía argentina reconocería un lugar privilegiado a quienes no dejaban de ser súbditos de la Gran Bretaña: “Al llegar al puerto de Buenos Aires —sostiene un estudioso— los irlandeses ascendían automáticamente la escala social”. Su estatus era por cierto superior al del gaucho y el trabajador manual, pero también, a veces, al de la clase burguesa.¹⁵

Los antecesores de Rodolfo Walsh llegaron a la Argentina a mediados del siglo XIX, como tantos otros irlandeses, expulsados de su país por la grave crisis agraria. Algunos prosperaron, pero Murray señala en su investigación el frecuente error de considerar homogéneamente a todos los irlandeses de la Argentina como exitosos criadores de ovejas que se convirtieron en grandes estancieros. El abuelo de Rodolfo habría sido rico, pero el campo que le había dejado su padre lo perdió en el juego, afición que perduró en la familia por varias generaciones.¹⁶ Pero ni los Walsh ni, menos aún, los Gill pertenecieron al círculo de las principales familias irlandesas: en la citada investigación de Murray ninguna persona de esos apellidos figura en la Cronología de hechos principales ni tampoco en la Guía Genealógica.¹⁷

De todos modos, los padres de Rodolfo vivían del recuerdo de tiempos mejores y el escritor señala en su diario que un vago folklore recordaba a “los ricos Walsh”. Aunque el juego y la crisis del 30 hayan arrasado con la pequeña fortuna familiar, aun en la pobreza el apellido Walsh seguía siendo una marca

de prestigio. La oligarquía argentina desdénaba los nombres más o menos macarrónicos aportados por la inmigración pero valoraba muy significativamente cualquier origen británico, aunque se tratara de cultivadores de papas que habían llegado al país corridos por el hambre. La tensión entre un presente de carencias y las pasadas grandezas puede generar —escribe Walsh sobre su familia— el sector más desorientado de la clase media (reaccionarios, mediocres, apolíticos), adherido a valores que se han vuelto inalcanzables. Pero no era ese un destino inexorable.

El sentimiento antibritánico que William Gill no pudo sostener a lo largo de su viaje no parece haber sido dominante en la comunidad irlandesa de la Argentina. Hubo, sin embargo, reacciones contradictorias frente a la Primera Guerra Mundial. Fueron varios los hiberno-argentinos (hijos de irlandeses) que se alistaron en el ejército inglés. Pero también hubo casos como el de Eamon Bulfin que en 1916 negoció desde la Argentina un transporte de municiones para el Ejército Republicano Irlandés. Antes había participado en la rebelión de Pascuas en Dublín y sólo su condición de argentino impidió que se le aplicara la pena de muerte cuando fracasó la rebelión.¹⁸

Con estos antecedentes se sentía seguramente más identificado el joven Rodolfo Walsh cuando decidió incorporarse a la Alianza Libertadora Nacionalista donde revistaría en el “Pelotón de los Irlandeses”. Los integrantes de este grupo estaban motivados por un fuerte sentimiento antibritánico, pero ni siquiera los nacionalistas diferenciaban claramente a los irlandeses del resto de los integrantes del Imperio. “El más conocido del pelotón de los irlandeses —relata Rogelio García Lupo—¹⁹ era Patricio McGuire, quien reaccionaba con indignación cuando todos lo llamaban *el inglés McGuire*”.

De todos modos, ni las decisiones políticas ni los recuerdos ominosos de la infancia afectarían la fuerte identificación de nuestro autor con el idioma inglés. Esto no tiene nada de sorprendente en una familia que durante generaciones no se vinculó por el matrimonio con otras colectividades distintas de la irlandesa. Pero lo que sí resulta curioso —y así le parecía también a la profesora del primer internado— es que Walsh no hablara a los diez años una palabra de inglés. Sin embargo, algo habrá tenido que ver la tradición de la familia en lo que a partir de entonces fue un rápido y exitoso aprendizaje.

En toda su vida de escritor, el inglés será para Walsh más que un segundo idioma. Dos de sus cuentos no publicados —“Adiós a la Habana” y “El tío Willie

ganó la guerra” – fueron escritos en inglés, como también muchas páginas de su diario personal. Walsh tradujo para Hachette, durante años, a decenas de autores ingleses y norteamericanos y mantuvo una activa correspondencia con un universitario estadounidense con quien concibió un proyecto editorial para publicar obras de escritores de ambos países.²⁰ Por otra parte, como veremos, sus principales referencias literarias –el estilo casi periodístico de Hemingway, la ortodoxia policial del Detection Club de Londres, la escritura maldita de Ambrose Bierce, la “forma envolvente” de Lord Dunsany o “las suaves y tranquilas estaciones” de T. S. Elliot– fueron siempre las del mundo anglosajón.

Notas

¹ En el texto autobiográfico publicado inicialmente en *Los diez mandamientos*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1965, e incluido en diversas compilaciones de escritos de Walsh, con el título *El violeto oficio de escritor*.

² Rodolfo Walsh nació en Lamarque, en el sudeste de la isla de Choele-Choel, provincia de Río Negro, el 9 de enero de 1927. Fue el tercer hijo del matrimonio de Miguel Walsh y Dora Gill. Tuvo cuatro hermanos: el citado Héctor, Miguel (al que llamaban Lito), Carlos Washington (que será alto oficial de la Armada) y Catalina (que se convertirá en monja).

³ A requerimiento de su mujer preocupada por asegurar la educación de los hijos, el padre de Rodolfo Walsh dejó en 1932 el lugar más seguro de mayordomo de estancia en Choele-Choel para instalarse en una chacra de su propiedad en la zona de Juárez, provincia de Buenos Aires.

⁴ María Pía López, “Intelectuales orgánicos. Variaciones sobre tonos”, en *El Matadero*, N° 1, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1998, pág. 109 y sigs.

⁵ “El 37” se publicó en *Memorias de la infancia*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1968, compilación a cargo de Pirí Lugones. El testimonio de Walsh contrasta con otros incluidos en el libro. No son precisamente penurias económicas las que causan inquietud a la niña Victoria Ocampo. Por su parte, Leopoldo Marechal no se lamenta: “Sólo guardo de mi infancia recuerdos muy felices”.

⁶ “Cartas”, fue publicado en *Un kilo de oro*, el libro de cuentos de Walsh que editó Jorge Álvarez en 1967.

⁷ En el citado texto autobiográfico, Walsh afirma que su padre murió en 1945. Sin embargo, su hija Patricia ha señalado que se trata de un error; la muerte de su abuelo habría ocurrido en 1947. La madre de Rodolfo murió en 1974. Patricia Walsh recuerda a su padre llorando entonces conmovido, lo que sólo habría presenciado en otra ocasión, cuando la muerte de su hermana Vicky: “Habíamos sido educadas de un modo en que todo exceso sentimental se consideraba inconveniente”. Entrevista con el autor, mayo 2006.

⁸ Ambos temas serán siempre importantes para Rodolfo Walsh. Mucho se hablará más adelante de la valoración del coraje, en cuanto a “los caballos”. Lilia Ferreyra, su compañera de los últimos diez años, relata que bajo ese nombre Walsh pensaba agrupar la parte de sus memorias referida a los afectos.

⁹ Rodolfo Walsh, *Un oscuro día de justicia*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973, pág. 52. La cita anterior pertenece al mismo cuento. “Irlandeses detrás de un gato” fue publicado en *Los oficios terrestres*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1965. *Un kilo de oro*, que editó también Jorge Álvarez en 1967, incluye

el cuento “Los oficios terrestres” que dio el título del libro de 1965 pero no lo integró porque –según dice el autor en la nota previa– “no se dejó escribir aún”.

¹⁰ Michel McCaughan, *True Crimes. Rodolfo Walsh, the life and times of a radical intellectual*, Londres, Latinoamerican Bureau, 2002.

¹¹ Hoy ofrece un bachillerato en salud y una tecnicatura agropecuaria para los jóvenes de la zona. En cuanto al Colegio de Capilla del Señor fue cerrado a comienzo de los años 50. El padre Antonio Fahy, cuyo nombre llevaban ambos institutos, desarrolló una tarea muy importante para ayudar a los primeros inmigrantes irlandeses. Murió en 1871, durante la epidemia de fiebre amarilla, por contagio al asistir a una enferma italiana. “La caridad no tiene patria”, habría contestado el legendario sacerdote a quienes le señalaron que no debía atender a una persona ajena a la comunidad.

¹² Carlos Wilson Walsh, miembro activo de los “Fahy boys”, no ha conseguido arrastrar a la asociación en sus reclamos contra el homenaje a su homónimo Rodolfo. Una pequeña placa sigue anunciando, en el primer piso del instituto, la Biblioteca Rodolfo Walsh en cuyo interior encontramos algunos de los libros del escritor. La amabilidad de la profesora Celina Caire, una de las directoras de la institución mariana que gestiona el colegio, nos hace conocer su historia y nos permite revisar las calificaciones de Walsh que cursó 4º, 5º y 6º grado, con buenas notas, entre 1938 y 1940. En la lista encontramos otros dos Walsh, sin parentesco con Rodolfo, y muchos nombres conocidos para los lectores de la serie de los irlandeses: Carmody, Murtagh, Mulligan, Walker.

¹³ El diálogo sobre la serie de los cuentos irlandeses, en la entrevista que Piglia hace a Walsh en marzo de 1970. Ver “Hoy no se puede en la Argentina hacer literatura desvinculada de la política”, en Roberto Baschetti, *Rodolfo Walsh, vivo*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1994, pág. 62.

¹⁴ *Primera Plana*, 22 de octubre de 1968.

¹⁵ Edmundo Murray, *Devenir irlandés. Narrativas íntimas de la inmigración irlandesa a la Argentina (1844-1912)*, Buenos Aires, Eudeba, 2004, pág. 41.

¹⁶ Walsh se refiere a sus antepasados y en general a la inmigración irlandesa en las anotaciones de su diario del 5 de enero de 1972. *Ese hombre y otros papeles personales*, edición de Daniel Link, Buenos Aires, Planeta, 1996, pág. 193.

¹⁷ El peso de la tradición irlandesa y la historia familiar parece haber sido significativo en la vida y la obra de Walsh. Sin embargo, ello no autoriza –como lo hace un trabajo reciente– a considerar el trauma provocado por la relativa marginación de los inmigrantes como el aspecto decisivo para explicar la evolución del escritor. “Su participación en el proyecto de fundar revolucionariamente una sociedad de nuevo tipo fue una forma de echar raíces”, sostiene Eleonora Bertanou, *Rodolfo Walsh, argentino, escritor, militante*, Buenos Aires, Leviatán, 2006, pág. 35. La historia irlandesa y el análisis psicológico ocupan en esta obra el espacio que no se concede a analizar las tendencias políticas y culturales de su tiempo en las que se enmarca la decisión militante de Walsh. Para la autora, las experiencias traumáticas de la inmigración bastan para explicar la opción revolucionaria de Walsh, “búsqueda de la superación de una vida profundamente marcada por la neurosis y la depresión”, op. cit., pág. 77.

¹⁸ Murray, op. cit., pág. 252.

¹⁹ Entrevista con el autor, julio de 2005. García Lupo conoció a Walsh en el local de la Alianza de San Martín y Corrientes en 1945, pero cree que Walsh debe haber ingresado antes cuando el local de la Alianza estaba en la calle Piedras.

²⁰ El estudiante de Michigan, Donald Yates, se dirigió a Walsh a comienzos de 1954 solicitándole información sobre la literatura policial en América Latina. Walsh y Yates mantuvieron, con interrupciones, su correspondencia hasta 1964 y después se habrían visto en otras ocasiones durante las visitas del estudiante norteamericano –convertido más tarde en profesor de literatura– a nuestro país. Yates publicó el relato de Walsh “Cuento para tahúres” en su compilación *Latin Blood. The Best Crimes of Detective Story in South America*, New York Herder and Herder, 1972. Citaremos a lo largo del texto las cartas de Walsh a Yates.

Militancia nacionalista

El nacionalismo antidemocrático se expandió durante los años 20 en el enfrentamiento con el irigoyenismo y tuvo con el golpe militar de José Félix Uriburu su fugaz momento de poder. El predominio del liberalismo conservador del general Agustín Justo empujó, más tarde, a los nacionalistas a la oposición, fortaleciendo, además, el argumento antibritánico cuya formulación más importante se encontrará en el libro de los hermanos Irazusta,¹ a mediados de la década. La Guerra Civil Española profundizará los enfrentamientos de los nacionalistas con los defensores de la República, especialmente entre los intelectuales. Hasta entonces, la división no parecía tan profunda: Julio Irazusta tenía proyectos literarios comunes con Victoria Ocampo, quien no rechazaba invitaciones para visitar la Italia fascista; y escritores nacionalistas como Carlos Ibarguren o Manuel Gálvez compartían con los liberales y con escritores de izquierda las comisiones de la SADE o las delegaciones al PEN Club.

A comienzos de la década del 40, la Alianza Libertadora Nacionalista llegó a constituirse en el más importante de los grupos de esa orientación. Tenía su centro en la Capital, pero llegó a organizar filiales en las provincias y un autor sostiene que sus afiliados en todo el país sumaban decenas de miles.² La fuerte presencia juvenil le daba un tono combativo y de permanente agitación, característica que debe haber atraído a Rodolfo Walsh. Muy pocas veces el escritor hizo referencia a esta militancia juvenil de la que más tarde tendrá una visión muy crítica, según se desprende de algunas constancias de su diario.

Walsh no sólo ha sido parco en referencias al período de la Alianza. Mientras dejó mucho material para trabajar sobre su infancia, de la que dan cuenta tanto *El 37* como los cuentos irlandeses, no ha aportado muchos datos que faciliten la reconstrucción de su juventud, su corta vida universitaria o sus primeros pasos como escritor y en la actividad editorial. La explicación no es difícil y no sólo porque es corriente sostener que siempre se vuelve sobre la in-